

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

	Un mes.	8 rs.
En Madrid.	Tres.	23 »
	Seis.	44 »
	Un año.	82 »
En provincias.	Un mes.	10 »
	Tres.	27 »
	Seis.	52 »
Ultramar y extranjero.	Un año.	100 »
		8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La princesa Galiana, por D. Julian Castellanos.—*La Verdad*, poesía, por doña Isabel Poggi.—*Galería histórica, Isabel de Segura*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Una visita á mi corazón*, por D. Adolfo Llanos y Alcaráz.—*Marzo*, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*Por ser romántica*, novela, por doña Rogelia Leon.—*El Amor y la sombra*, Madrigal, por D. Constantino Gil.—*Fiesta aristocrática en el palacio de Medinaceli*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Revista de teatros*, por D. Leandro A. Herrero —Esplicacion del figurin.—Variedades.

Pliego décimo de 16 páginas de *Cárlos y Elvira*, novela original de D. Enrique Domenech.

LA PRINCESA GALIANA.

TRADICION DEL SIGLO IX.

La mora más celebrada
De toda la morería.
Moratin.

I.

En un sitio amenísimo de los pintorescos alrededores de Toledo, se alza oculto entre bosques de ti-

los y de álamos, semejando un nido de palomas, un palacio rico en adornos y poético, como todas las creaciones de los hijos del Desierto.

El Tajo deslízase tranquilo salpicando con sus blancas espumas sus cimientos, y se aleja entonando un himno de amores, entre los carrizos y las jergueras que sombrean su márgen, hasta perderse por el anchuroso ojo del puente de Bab-el-Cantarah.

Mansion tan pintoresca ha sido fabricada por el rey de Toledo, Casim-ben-Jussuf, conocido en las crónicas cristianas por Galafre, para recreo de su única hija la sin igual princesa Galiana.

En aquel delicioso alojamiento, cercada de esclavas, pasa su vida la hermosa toledana sin que las penas turben sus alegrías, estasiándose en las gratas márgenes del río, en escuchar el dulce gorgojo de las parleras aves que ciernen sus pintadas plumas revolando en los copudos árboles del parque.

Las pasiones no han agitado aún su virgen corazón, y aunque los más nobles caballeros se afanan por merecer el cariño de la candorosa beldad, ella ni aun comprende el deseo de aquellos adoradores, cuyas sentidas trovas huyen en alas de las brisas, sin

reparar los gruesos muros de la morada de la princesa. Con este motivo, llámanla en la corte de su padre la Sultana de nieve, asegurando algunos que un génio maléfico arrancó del corazón de la doncella el germen de las pasiones, y que por esta causa no amaba, ni amaría nunca.

Esta version, rodando de boca en boca y descendiendo desde las artesonadas tarbeas de los alcázares hasta los más retirados aduares, habíase infiltrado en todas las conciencias, de manera que los nobles y los plebeyos creían como una verdad inconcusa lo que la maledicencia aseguraba.

Pero el tiempo corrió, y los murmuradores tuvieron ocasion de convencerse de que los malos génios no habían arrancado del corazón de la Sultana el germen del amor.

II.

Lució un día en que dos emisarios, conduciendo un rico presente, llegaron al alcázar del Emir de Toledo á pedirle la mano de su hija para su señor y dueño Bradamante, poderoso Régulo de Wadilhigira (Guadalajara). Galafre accedió á la pretension, tanto porque el enlace no era desventajoso, cuanto por la alianza que por medio de él hacia con tan esclarecido caudillo, quien con sus huestes podría servirle de ayuda para resistir las continuas algaradas que hacia por sus fronteras Abd-er-Rhaman I de Córdoba, deseoso de castigar la abierta rebelión en que se le declaró el toledano.

Con tan favorable acogida, el enamorado Régulo acudió á Toledo á dar las gracias al Emir y á conocer á su futura esposa.

Recibióle Galafre con cuanta pompa merecia su alto nacimiento, tratándole de la manera más espléndida y obsequiosa.

No le ocurrió otro tanto con la princesa, acostumbrada á la obediencia ciega de la mujer árabe; resignóse á lo que su padre disponia, pero su corazón permaneció indiferente, no palpité siquiera conmovido á la vista de aquel hombre con quien debía unirse.

No era, no, Bradamante el llamado á encender en el pecho de Galiana la llama del amor.

Es verdad que no reunia grandes atractivos aquel hijo de la guerra para hacer brotar en el corazón de la doncella los gérmenes, adormidos aún, de las pasiones.

El aspecto feroz de aquel guerrero, de hercúleos

miembros, de atezado semblante y de voz de trueno, era más propio para inspirar terror que no ese sentimiento dulce y misterioso, que entre transparentes vapores de una claridad purísima se alza en las almas vírgenes en su primer ensueño de amor.

Galiana no había amado aún, pero su mente al vagar por esos espacios desconocidos, en las gratas horas que pasaba sola contemplando desde sus labrados ajimeces las claras ondas del Tajo, había visto dibujarse la imagen de un hombre, que nada tenía de comun con la del esposo que el destino la deparaba.

Por eso la doncella no sintió sino indiferencia cuando vió por primera vez á su prometido, quien desde entonces afanóse por ganar á fuerza de obsequios y finezas el amor de la Sultana.

III.

El tiempo, ese gran revolucionario que remueve con su mano poderosa los cimientos de las naciones, hundiendo en el polvo la frente de pueblos que asombraron al mundo antiguo, y levantando de la nada á otros que han de ser la admiración del mundo moderno.

Ese incansable agente de las grandes ideas que, recogiendo en su seno el espíritu de los iniciadores, le conduce á través de los siglos y le infiltra en el alma de la humanidad cuando ésta se encuentra en sazón para recibirle, seguía su veloz carrera deramando á un tiempo la risa y el llanto, el placer y la amargura, la vida y la muerte.

El primer día de la luna de Muharram, á la hora en que el mueden descendía del minarete de la gran mezquita de llamar á los creyentes á la oración de almágreb, un jóven de porte distinguido, ginete en un tostado alazán penetraba en Toledo por la puerta de Bab-Sahra (Visagra), encontrándose poco despues en el alcázar del Emir.

El recién llegado era Carlo-Magno, hijo del rey Pipino de Francia, quien, desabrido con su padre, abandonaba su patria y venía á buscar calma á sus cuitas en la lucida corte de Galafre.

Recibióle éste con el mayor cariño, y dándole una prueba del alto aprecio que le merecia, le señaló alojamiento en el mismo palacio donde moraba de continuo la bella Galiana.

Con este motivo, viéronse el noble francés y la encantadora doncella, y verse y alzarse en sus dos corazones ese sentimiento vago y misterioso pri-

mer síntoma del amor, fué todo una misma cosa.

Los ojos, esa lengua muda de los enamorados, que espresa en cada mirada un poema de misterios de amores y de delirios, fueron los mensajeros de sus mútuos sentimientos. Sus dos almas jóvenes y ardientes, se conocieron, y como en amores un minuto es un siglo, una sola mirada les bastó para confundirse y amarse.

Desde aquel momento, un horizonte nuevo, desconocido, estendiase como por encanto ante los ojos de la Sultana.

El sol, el cielo, las aguas y las flores, le parecían más hermosos, más esplendentes, y era que todos los objetos que miraba, veíalos á través del prisma de color de rosa que colocó el amor ante su alma virgen.

Á Galiana, sucedía lo que dice el célebre Moratin en estos versos:

«El que por un vidrio mira
Que está de un color teñido,
Todo lo que vé por él
Está del color del vidrio.»

Cuando se siente amor por primera vez todo se poetiza, todo se vé inundado de luz y de colores.

El primer empeño de amor, es la dicha más completa de la vida.

¡Qué felicidad, si no se despertara nunca!

IV.

La pasión que naciera en el alma de Galiana y en la de su rendido amante, precia con el trato mas y más, á semejanza del átomo de nieve que, suspendiéndose de la cima de un monte, rueda aumentando su volúmen, hasta descender al llano convertido en inmensa mole.

La contrariedad, ese crisol donde se purifica y aquilata el cariño, habia contribuido sobremas á grabar en sus corazones, con caracteres imperecederos, aquel amor, convertido ya en una de esas pasiones que solo puede destruir el soplo helado de la muerte.

Pero el dia en que la bella Sultana habia de unirse con Bradamante acercábase, y la proximidad de aquel enlace, que venia á matar todos los sueños de ventura, todas las ilusiones de los dos apasionados amantes, era un torcedor, que si desgarraba mucho el corazon de Galiana, no hacia sufrir menos dolores á Carlo Magno.

En sus nocturnas entrevistas, afanábanse solo en

buscar un medio de alejar aquel plazo, que, suspendido sobre sus cabezas como otra terrible espada de Damócles, amenazaba concluir con su felicidad.

Pero la dilacion que ellos querian era imposible; hallábanse en los últimos dias de la luna de Regeb, y Galafre habia empeñado su palabra de que al terminar la de Jaban se celebraria el enlace, de manera que unos treinta dias escasos faltaban solo para la ceremonia.

Ante tan poderosa realidad, el desconsuelo más amargo, la mas profunda tristeza reemplazó en el corazon de aquellos dos sérès, nacidos para amarse, á la dicha y la alegría que al conocerse sintieron.

Lloraba la Sultana su desventura, y sus lágrimas caian sobre el corazon de Carlo como una lluvia de candente plomo.

La esperanza, esa virgen candorosa que nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro, ocultóse á la vista del ilustre próscrito, y entonces este, abandonándose á la desesperacion, resuelto á todo, antes que á consentir ver á la mujer que tanto amaba en brazos de otro hombre, se decidió á llevar las cosas al último extremo.

Alejandro, pensó para sí el francés, no pudo desatar el nudo gordiano, pero tuvo valor para cortarle; pues bien, imitemos su ejemplo,

V.

La noche tendia su manto de sombras envolviendo con sus oscuros pliegues los floridos cármenes que cercan el poético palacio de Galiana.

El Tajo murmura besando sus cimientos, y la reina de la noche, mostrando en el cielo su faz melancólica, alumbra con sus rayos la tierra rielando en las claras ondas del rio.

El céfiro agita las hojas de los árboles, y su gemido dulce se mezcla con los trinos lastimeros del ruiseñor, que escondido en la copa de un álamo canta á las brisas sus quejas, y con la voz varonil y sonora de un caballero, que al pié de uno de los labrados ajimeces del palacio entona una amorosa trova al compás de los dulces acordes de una tiorba.

Aquel caballero es Bradamante, que, segun costumbre, venia á contar sus amorosas ánsias en entusiastas endechas á la señora de sus pensamientos.

Las últimas notas de una de las estrofas se perdian repetidas por el eco, cuando un embozado, saliendo de la espesura, avanza al encuentro del cantor.

—¿Quién va? exclamó este, dirigiéndose al aparecido.

—Un hombre que, confiado en su brazo y en su espada, viene á limpiar de importunos estos alrededores.

—Difícil es ¡por Alá! que consiga su intento, á no tener tan sueltas las manos como la lengua,—replicó Bradamente desnudando su cimitarra.

—Á probároslo me obligo, contestó el otro, dejando ver su acero ya desnudo.

—Veámoslo, repuso el cantor, cruzando su hierro con el del contrario.

La lucha se trabó de un modo terrible.

Los dos eran diestros, y las paradas y los tajos sucedíanse con una rapidez vertiginosa.

Los dos aceros eran dos serpientes, que ora enroscadas, ora silbando, amenazaban con la muerte tan pronto á uno como á otro combatiente.

Al ruido de la contienda, una figura dejóse ver junto á la esbelta columnilla de uno de los ajimeces, destacándose, como una mágica aparición, del fondo oscuro de la estancia.

Era la enamorada Galiana, quien conteniendo con sus convulsas manos los latidos de su corazón, que parecía estallar dentro del pecho, y con la voz ahogada por la incertidumbre, presenciaba el choque.

La lucha fué larga y terrible.

Por fin, un ¡ay! de muerte hendió las tinieblas, un cuerpo rodó en el césped sin vida, y un hombre se perdió con el acero desnudo por lo espeso del parque.

Poco despues, los rayos luminosos de la luna alumbraban un cadáver.

Era el del enamorado Bradamante, que yacía tendido en la tostada arena de la ribera.

Algún tiempo despues, la sin igual Sultana, convertida al Cristianismo, uníase con el hombre objeto de su amor, quien llamado á ocupar el trono por muerte de su padre Pipino, ceñía á las puras sienas de su bella esposa la corona de Francia.

Carlo Magno, como dice un moderno historiador de Toledo, supo conquistar con sus finezas á la encantadora hija de Galafre, y librarla de importunos adoradores con su espada.

JULIAN CASTELLANOS.

LA VERDAD.

Decidme, sábios célebres
Vosotros, que las horas
Pasais, buscando altísimas
Verdades brilladoras,
Que alejen sombras lúgubres
Que ofuscan la razon,
¿Qué visteis, cuando férvidos
Bajásteis de este suelo
Á las entrañas lóbregas,
Buscando en vuestro anhelo
Ese lucero pristino
De eterna bendicion?

¿Hallásteis lo recóndito
Del inefable arcano
Que guarda entre sus ámbitos
Lo que el saber humano
En su ambicion sin límites
No alcanza á descifrar?
¿Hallásteis los purísimos
Reflejos celestiales
De aquesa antorcha espléndida,
Que el Dios de los mortales
Alzó, del hombre mísero
La mente á iluminar?

Decidme: cuando intrépidos
El pensamiento alzásteis
Tras la verdad magnífica
Que *en lo mortal* soñásteis,
¿Pagaron bienes célicos
Vuestro profundo ardor?
¡Ay, no: que, cuando atónitos
Con vuestra falsa ciencia
El vuelo alzásteis rápido
De vuestra inteligencia,
En los senderos lóbregos
Os visteis del error!

No es esa, sábios célebres,
La ruta que nos guía
Hacia esa virgen púdica
Que da paz y alegría,
Acariciando plácida
Del alma la virtud.
Venid ¡con dulce júbilo
Dejad la oscura senda
De vuestra ciencia errónea,

Y desgarrad la venda
Que os vela ver santísima
De lo inmortal la luz!

Ved esa alfombra fúlgida,
Donde su egregia planta
Descansa el Dios sin término,
El Dios que el orbe canta,
El Dios justo, purísimo,
El Dios todo bondad;
Y allí, sobre el zafireo
Velo, donde las nubes
Tienden sus tules diáfanos,
Sentada entre querubes
Encontraréis bellísima
La luz de la verdad.

ISABEL POGGI.

GALERÍA HISTÓRICA.

VIII.

ISABEL DE SEGURA.

Apacibles corrientes del manso Guadalaviar, que reflejáis en vuestros cristales los pardos muros de la pintoresca Teruel; suave brisa que rizas las fuentes y acaricias á las flores, aun guardan vuestros murmullos perdidos y misteriosos el eco de un nombre querido, de una memoria triste.

Cuando lanza el sol sus últimos rayos, abrazando en una lazada de oro los arcos del histórico acueducto, y comienzan á brillar las estrellas, medio veladas por la neblina del crepúsculo; cuando la luna estiende su tibio resplandor sobre la campiña, destacando con tintas azuladas las cumbres de las montañas; cuando solo se escuchan el murmurar del río, y el lánguido gemir del viento en las umbrías, allí, como si brotaran entre las espumas de la corriente, cual evocados por el conjuro de un encantador, se deslizan los recuerdos vivos, los personajes, los episodios de una historia más triste que la lágrima de un moribundo, más tierna y dulce á la vez que la mirada de un niño.

Es una novela de amores y de martirio.

Es una crónica, cuya justificación existe en dos cadáveres.

Es, en fin, la dramática historia de los desventurados *Amantes de Teruel*.

Corrían los años de 1217, y en Aragón reinaba el noble Pedro II.

En Teruel, importante ciudad aragonesa, vivía por entonces una jóven, mejor diremos una niña, que en el florido dintel de la infancia á la adolescencia, reunía, como los ángeles, á una hermosura divina una virtud celestial.

Esta criatura, llamada Isabel, era hija única de D. Pedro de Segura, ilustre infanzon de inmensa fortuna, y desde sus años más tiernos adoraba al jóven D. Diego Juan Martínez de Marcilla, fijodalgo aragonés, que aunque de preclara nobleza, sufría los desdenes de la suerte; era pobre.

Marcilla, á los 22 años, pidió á Segura la mano de su amada: escusóse el padre con la pobreza del pretendiente, y el jóven enamorado, arrancando á Isabel la promesa de aguardarle por tiempo de cinco años, voló ébrio de alegría y de esperanzas á los campos de batalla, recorriendo entusiasmado una epopeya de glorias.

Marcilla, animado por el premio que le aguarda, lo arrostra todo: donde quiera que se efectúa un combate, á donde se anuncia una hazaña, allí se encuentra el jóven aragonés, cuyo valor le conquista presto lugar entre los principales caudillos del monarca.

¡Cuán diferente no es la situación de Isabel! Acosada por su padre, que la promesa de la doncella ignora, á duras penas puede resistir los mandatos de su familia, ansioso por verla casada con alguno de los muchos próceres y caballeros que, atraídos por la hermosura y nobleza de la jóven, se disputan su posesión como el tesoro más rico y estimable.

D. Diego, arrastrado por las circunstancias, ora victorioso, ora cautivo, pero siempre animado del más entusiasta valor, no vive sino para su amor, no se alimenta mas que de recuerdos.

En tanto pasa el tiempo; Isabel nada sabe de Marcilla; fina el plazo de los cinco años, y la pobre niña ve desaparecer sus esperanzas ante el desengaño. Los deudos de la jóven la acosan para su pronto matrimonio; causado ya D. Pedro de las excusas de la doncella, la aflige con severas reconvenciones; Isabel llora y ahoga su dolor en el silencio, un ilustre y nuevo pretendiente aparece; el destino de la infeliz tiene que cumplirse, y la enamorada doncella da su mano al noble D. Rodrigo de Azagra, señor de Albarracin, y temido infanzon de horca y cuchillo.

Como si un genio maléfico hubiera presidido es-

tos amores, como si la maldición del cielo hubiese caído sobre los dos amantes, la noche de los desposorios de Isabel de Segura entraba ocultamente en Teruel Diego Marcilla, rico y laureado.

Deslizase el infeliz jóven en el sarao que Segura celebra por el casamiento de su hija, vé de lejos á su amada de lujosos vestidos cubierta, festejada por su esposo y por una multitud de damas y caballeros, y Marcilla, cual si viera el cuchillo á su garganta, furioso, loco, penetra en el aposento nupcial y ocúltase tras el tálamo de los novios, que en sepulcro suyo habia de tornarse.

Concluye el festín, retíranse los desposados á su estancia. Isabel, cubierta de blanco, amortajada parece mas que de nupciales galas vestida: sus ojos, cansados de llorar, recorren la estancia sin fijarse, y sus reprimidos suspiros anuncian el tormento que le tritura el alma.

¡Cuán ajena se hallaria de que próximo se ocultaba su doncel!

Ruega Isabel á su esposo la respete por aquella noche, accede Azagra, duérmese éste, da rienda suelta al lloro la desdichada jóven, y Marcilla, apartando el cortinaje, aparece á la cabecera del lecho; Isabel ahoga un grito indefinible, Diego la coge en ambas manos, y con un acento tierno y de dulce reconvencción: «Hé aquí un hombre, esclama, de quien fuiste en otro tiempo esposa.»

Escena conmovedora y terrible: juramentos, reconvencciones, frases de cariño, recuerdos evocados, esperanzas desvanecidas, todo, todo esto se deslizó allí, en un instante, entre aquellos dos seres tan desdichados y tan dignos de suerte más feliz.

El terrible dolor, el cruel desengaño; los celos de ver ajena á quien por propia habia soñado, Marcilla, repelido dulcemente por la virtuosa Isabel, ahogado por la emocion, mártir de su cariño, cayó sin vida allí, sobre los almohadones de la cama nupcial.

El asombro hace aquí un paréntesis.

Isabel lleva la muerte en el alma: despierto su esposo, referido el caso, conmovida la poblacion entera, es conducido en funeral procesion el cuerpo de Marcilla, á quien todos se apresuran á honrar en tal momento.

En la iglesia de San Pedro se alza un túmulo suntuoso, y en él, coronado de laureles, sobre trofeos y banderas que las hazañas y nobleza del difunto recuerdan, colocan al cadáver y empieza el oficio de difuntos, casi ahogado por los sollozos de la multitud.

Isabel, cubierta de lutos y velada por el manto, penetra en el templo, llega á las gradas del túmulo, súbelas con paso vacilante, descubre el paño que cubre el cuerpo de su desdichado Marcilla, y con ardentísimos suspiros:

—¿Es posible, esclama, que estando tú muerto tenga vida? ¡perdona mi tardanza, al instante contigo me tendrás!

Y asiendo la cabeza de D. Diego imprimió en sus lábios un beso tan frenético que se escuchó en toda la iglesia, y con un ¡ay! vibrante y doloroso, inclinóse sobre el cadáver y quedó inmóvil á él abrazada.

Acuden á su socorro, y con admiracion y lástima la multitud prorumpe en sollozos lastimeros.

Isabel era tambien cadáver.

Acababa de efectuarse el suceso mas doloroso que en historias de enamorados se cuenta.

Juntos murieron y juntos los sepultaron, para ejemplo de constancia y firmeza, para memoria de castos y desdichados amores.

De sepultura en sepultura han ido trasladándose los restos de ambos amantes, y hoy, en la misma iglesia de San Pedro, como una bella tradicion nacional, en un guardado armario, pueden contemplar todos, los cuerpos en estado de momia conservados de *Diego Marcilla é Isabel de Segura* (1).

(1) Creemos que nuestras lectoras verán con gusto las siguientes curiosísimas noticias, tomadas del archivo de la iglesia de San Pedro, en Teruel, sobre las traslaciones que se han hecho de los cadáveres de tan célebres amantes.

«En 1555, siendo juez de Teruel Miguel Perez Arnal, al labrarse una capilla antigua en la iglesia de San Pedro, cavando se hallaron los cuerpos de Marcilla y Segura que estaban juntos en un sepulcro y enteros, sin tener nada gastados sus cuerpos; ella tenia todos sus dientes, y al extraerla la sacaron un ojo.

«En Abril de 1619 los racioneros Mosen Juan Ortiz y Mosen Miguel Sanz, con un notario, apoyados en la tradicion y fama y en la relacion de algunos vecinos que decian haber visto que cuando en 1619 hallaron á los amantes en dichos caxones, los volvieron á enterrar en ellos en la capilla de los Santos Cosme y Damian, junto al pié del altar; con el debido permiso y ayudados del sacristan, cavaron junto al pedestal de los Santos citados, y fueron hallados en dicho lugar y puesto, y en una concavidad como de sepulcro dos caxones de madera juntos; y dentro de uno se halló un esqueleto, que al parecer era de varon por tener las canillas y las demás partes de él robustas y fuertes, y tenia nueve pal-

Primorosa tradicion que arranca lágrimas de ternura, suceso extraño que, popularizado por los poetas, ha venido á constituir una verdadera gloria nacional.

Tirso de Molina y Perez de Montalvan, esos dos astros de nuestro teatro antiguo, lanzaron á la escena española dos hermosas creaciones sobre la historia de los amantes; posteriormente, y entre infinitos escritos al mismo asunto dedicados, el eminente poeta, el patriarca de nuestra moderna literatura dramática, el Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, alcanzó

mos de largo, con su cabeza pegada al cuerpo, y todo él desde la frente hasta la planta de los piés con el cuero entero sin estar agujereado ni trepado, los pezones de los pechos señalados, y los pechos y muslos (al parecer) con carne consumida y momia, las cuencas de los ojos llenas, la oreja izquierda formada, pegada y entera, los brazos cruzados sobre el pecho: en las manos y piés las uñas, y en la boca los dientes pegados; el pico de la nariz comido; el espinazo con sus huesos, costillas, clavículas, hombros, muslos, encias, canillas, enteros, trabazonados los unos huesos con otros, y sin estar descompuestos; de tal manera, que poniéndolo en pié arrimado á una pared asiéndolo de las canillas, se tenia firme, y se echaba de ver que en la camisa con que le habían enterrado, en la abertura que le baja á los pechos, tenia juntada la una parte con la otra como cuatro dedos de una randa de cadenilla, sin estar consumida, y mucha parte de la mortaja con que estaba cubierto, aunque rompida, no podrida, de manera que se fuese tras de la mano; la nuez de la garganta tan señalada debaxo del pellejo como si estuviera vivo; la cabeza con accion vuelta á la mano derecha, sin volverla, aunque se procuró apartarla, y finalmente todo como si fuese de piedra, y en el dicho caxon se halló un pergamino ó papel que se pudo leer, y decía: «Este es Diego Juan Martinez de Marcilla, que murió de enamorado.»

»Y junto á éste se halló otro esqueleto, al parecer de mujer, así por ser mas pequeño, pues no tenia mas de ocho palmos escasos, y por tener las caderas mas anchas que el varon, como por tener los huesos, canillas, costillas, dedos y piés pequeños y delicados, y menos robustos y gruesos que los de los varones; tenia la nuez comida, los dientes fijos, con algunas uñas en los piés y manos, la cuenca del ojo derecho vacía, la del izquierdo llena, cruzados los brazos sobre el pecho; los huesos desde la cara hasta los piés cubiertos así mismo con su pellejo no agujereado ni trepado, y esto por delante; porque detrás, aunque tenia espinazo y costillas y aunque trabazonados todos los huesos, no emperó como los del varon, y por tener desde la cabeza al pecho no tanta firmeza, antes que estaba algo descuadrado por la cintura,

una de sus primeras glorias, uno de sus muchos y envidiables triunfos, con su celebrado drama *Los Amantes de Teruel*.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

UNA VISITA Á MI CORAZON.

—Ea, pues, me dije una mañana al despertar de un largo y penoso sueño: despues de tantos años como llevo visitando ajenos corazones, tiempo es ya de visitar el mio. Le he olvidado, y conozco que le duele mi ingratitud. Ha empezado por aburrirse al

aunque no de manera que se descoyuntasen los huesos aunque se movian; las manos y los piés firmes, y la juntura, articulaciones y nudos juntos; se dice tenia unos pedazos de camisa, y encima de ella cosa como de cendal, á modo de breal, con unos guioncicos y forro de lienzo ó bocaci, y aunque por algunas partes roto, no podrido.

»La madera del caxon del varon, no podrida ni rota, aunque la de la mujer le faltaba parte de la cubierta y estaba algo podrida; y en dicha concavidad donde se hallaron dichos caxones ni al lado de ella, habiéndose cavado, no se hallaron ni otros caxones, ni otros huesos, ni calaveras, ni señal de que haya habido ni haya vaso ó sepulcro; por lo cual, y por lo que de parte de arriba en dicho papel se dice, y por la tradicion y relacion, y por saberse no haber consentido el reverendo clero de dicha iglesia, que despues acá que la capilla se hizo, que fué el año 1555, se enterrase en ella ninguno, y por otras razones congruentes, se tiene por ciertísimo é infalible que los dichos cadáveres son los dos amantes Diego Juan Martinez de Marcilla é Isabel de Segura.

»Siguen las testificaciones de dos notarios, Juan Fernandez y Juan Yagüe, que afirman haber visto ocularmente y tocado con sus manos el referido descubrimiento, y todo lo demas que arriba se narra, juntamente con los testigos Mosen Simon Matamala, lugar-teniente de vicario, Mosen Antonio Aragon, racionero de dicha Iglesia; Mosen Juan Ortiz y Miguel Sanz, descubridores de los cadáveres; Francisco Hernandez, sacristan; Juan Gerónimo Cavero de Marcilla, Bartolomé de Rueda, notario; Agustín Yagüe de Alderete, Gerónimo Fernandez, Jaime Carlos, etc., etc.

»Posteriormente, con motivo de la nueva obra que se hizo en la iglesia de San Pedro, habiéndose removido de aquel lugar, fueron trasladados los cuerpos de los amantes al claustro inmediato que tiene la parroquia y que sirve de cementerio, donde están los dos juntos puestos en pié, en un armario metido dentro de la pared, y allí reciben las visitas de casi todos los forasteros, extranjeros ó nacionales, que aun cuando solo se detengan pocas horas en Teruel, rara vez dexan de acudir á visitarlos.»

ver mi indiferencia, y concluye por adormecerse: creo que está dormido hace muchos días. Y diciendo esto, llamé con bastante fuerza á la puerta de mi corazón.

—¿Quién vá? preguntó una voz entre bostezos, allá desde el fondo....

—Abre, compañero, le respondí.

Mi corazón se esperezó como quien ha dormido mucho, abrió la puerta, y dijo un tanto malhumorado:

—Felices días, señor mío.

—¡Hola! ¿Cómo lo pasas?

—Así así.

—¿Qué me cuentas de nuevo?

—Eso pregunto yo. Cuando á uno se le tiene olvidado, mal puede dar razón de lo que pasa en el mundo.

—Caballerito, no me venga V. con humos que estoy poco dispuesto á tolerar.

—Gastaré todos los humos que quiera.

—¿Cómo! ¿Te insubordinas?

—¿Por qué no? ¿Quién es aquí el amo?

—¿Quién ha de ser? Yo.

—Tú, porque llevas el nombre y representas la farsa; pero, quieras ó no, tienes que mantenerme para sostenerte; ¿qué será de ti si á mí se me antojara detener la rueda?

—Ya me echas en cara tus servicios.

—¡Ingrato! ¡Aún te asombra que me queje!

—Ea, pícaroncillo, hagamos las paces.

—Si, sí; cuando te conviene bien sabes hacerme carantoñas, y quieres recompensar con un mimo miles de desprecios y amarguras. Alguna cosa querás de mí cuando tan afable vienes. ¡Egoísta! ¡Solo me acaricias cuando te hago falta!

—Vamos, no vayas también á echar tus lagrimitas. Sabes que siempre te he querido con toda mi alma: si alguna vez te trato mal, es por acaloramientos de mi carácter ligerillo.... perdóname, y hablaremos de nuestras cosas.

¿Qué traes de nuevo? Sepamos.

—Pues, señor, has de saber que te necesito con toda urgencia.

—¿Para qué?

—¿Para qué ha de ser? para los asuntos de siempre.

—¡Ah!

—Sabrás que estoy enamorado.

—¿Otra vez?

—Cualquiera que te escuchara, creería que yo acostumbro á enamorarme diariamente.

—Poco menos.

—Es que ahora estoy enamorado como nunca.

—¿De veras? Siempre dices lo mismo.

—¡Oh! Ahora te hablo con toda formalidad.

—¿Y quién es ella?

—Ella es una ondina, una hurí, un ángel, un....

—¡Ta, ta, ta, ta, música, música.

—¡Si tú la conocieras!

—Por fuerza la habré de conocer, si tanto empeño tienes.

—¡Pues bien! quiero que la conozcas, que la ames con la fuerza de veinticinco caballos.

—Poco á poco, señor mío: yo no he sido nunca máquina de vapor.

—Te hablo así para explicarte el fuego de mi corazón.

—Tampoco me avengo á servir de combustible.

—Á mala, en fin, como tú sabes cuando quieres.

—Es que ya he querido muchas veces, gracias á tus fogosos cariños.

—¡Muchas veces! Cualquiera pensaría....

—Señor desmemoriado, ¿quiere V. que le cite algún pasaje?

—No, no; ¿á qué recordar?

—Sí: quiero que sepas cómo hablo siempre con razón.

—Todo sea por Dios: desahógate.

—Mira: si no mienten los apuntes de mi libro de memorias, hoy hace próximamente ocho años que llamaste á mi puerta por primera vez.

Empujaba tu mano una tierna niña de ojos negros y negros cabellos, cutis nacarado, labios de coral, etc., etc., y que se llamaba....

—¡Chito! Basta con que la llares la de los ojos negros.

—Para ella se abrieron las primeras flores de tu corazón; para ella exhalé mis primeros perfumes; ¿te acuerdas? La amé mucho.... tanto, que no sé aún si aquel amor fué realidad ó ilusión de tu fantasía.

—Tampoco lo sé.

—¿Qué ha sido de aquella niña?

—Lo ignoro.

—Pasemos adelante. Un año despues anduviste dando vueltas á mi alrededor, y miraste por el agujero de la llave, pero sin atreverte á llamar. Estabas entonces en....

—Sí, sí; pasa de largo.

—Dos años despues volviste á rondarme algun tiempo, sin que tu indecision terminara. Entonces fué euando.....

—Basta, basta; continúa.

—Al año siguiente me despertaste con un gran porrazo que me hizo temblar. El recuerdo de tu primer amor solo existia guardado en mi fondo, y sobre él quisiste levantar una pasion intensa. Y en verdad que la muchacha de ojos garzos era una linda clave-lina de primavera..... Creo que se llamaba.....

—¡Silencio, silencio!

—Prosigo, pues. Aquello fué grande, pero corto. Al terminarse dejaste mi puerta á medio cerrar, y varias veces, en el término de tres años, me dijistes algunas cosas por las rendijas, hasta que otro año despues le diste tal empujon que se quedó temblando y fuera de los goznes. ¡Hermosa mujer era la de los ojos pardos! ¡Tunante! ¡Cómo se lo hiciste creer!

—¡Hacérselo creer! ¿Pues acaso no era verdad?

—¡Calla, calla, falso! Algunas veces me avergüenzo de que me hagas hacer ciertos papeles..... En fin, aquello pasó, pero en seguida volviste á llamarme de una manera estrepitosa: la niña de los ojos azules.....

—Déjate de eso.

—¡Ya! ¿Tampoco quieres que te hable de la de los ojos verdes? ¿Y de la?....

—¡Concluye por Dios!

—Es que desde entonces no me has dejado en paz, aporreando mi puerta como un loco. ¡Oh! si el fuego que has sentido hubiese sido cierto, ya estarias como un chicharron; pero tus incendios son como los de las decoraciones de teatro: á la vista se queman, arden, y crujen que da lástima el verlas, pero todo es efecto de la maquinaria, y la decoracion se incendia veinte veces seguidas sin que padezca lo más mínimo.

—¡Malicioso! Ya te tengo dicho que no te metas nunca á pensar. ¿Qué puedo esperar de un corazon que piensa?

—Señor mio, todo el mundo sabe que las verdades amargan; pero, en fin, dime: ¿qué se han hecho todas tus tortolillas?

—No lo sé.

—¿Murió la primera?

—Creo que sí.

—¿Y la amabas?

—¡Harto lo sabes!

—¿Murió la segunda?

—Creo que no.

—¿La amas todavía?

—¿Á qué me lo preguntas?

—No comprendo por qué me has mandado olvidarla: ¡era tan buena! Y la tercera, ¿murió tambien?

—Ella lo sabrá.

—¿Murió la cuarta? ¿Murió la?....

—Calla, calla, qué me estás martirizando.

—Pues bien: ¿aun quieres añadir otra?

—¡Ah! ¡Si tú la conocieras! ¡¡Si tú vieras sus ojos negros!!!

—¡Bravo! Hé aquí la cancion de siempre: «¡si tú vieses sus ojos pardos!» «¡si tú vieses sus ojos azules!» ¡Siempre los ojos! Créeme: cómprate unas antiparras cubiertas para que no puedan acometerte las miradas femeninas.

—Déjate de burlas, y hablemos seriamente.

—¿Si? Pues hablando con formalidad debo decirte que no puedo consentir en lo que quieres. No niego que muchas veces me has llenado de gozo, cuando, llamando suavemente á mi puerta, me has dicho: «Arriba, camarada; es menester hacer una obra de caridad; quiero que sientas esta amargura de mi amigo, quiero que consuèles este dolor de mi compañero, quiero que rias para otro, que llores para otro, que sientas alegría, compasion, tristeza ó contento por el bien ó por el mal de mis semejantes.» Bien sabes que te he seguido sonriendo y colmándote de bendiciones; pero, en cambio, ¡cuántas veces me has obligado á fingir lo que no sentia! ¡Aparta, aparta! que me sonrojo al recordar los casos en que te he servido de.....

—¡Yo te prometo que ahora no te faltaré! Es la última vez que te llamo; es.....

—Á otro perro con ese hueso; ya estoy harto de hacer papeles.

—¿Es decir que te niegas?

—Cabalito.

—¿Y no temes?....

—Nada, señor mio: conque felices tardes, y á otra parte con la música. Si V. se conforma, bien; si no se conforma, puede romper las hostilidades, y verá qué buena es una guerra civil teniendo que mantener al enemigo.

Y empujándome hácia afuera, me dió con la puerta en las narices.

Hecho un basilisco, me arrojé sobre ella, llamé, golpeé, vociferé, escandalicé; ¡todo en vano! pero dispuesto á tomar cumplida venganza, armé mis tro-

pas, y ordené un asalto general á la plaza rebelde.

El ataque fué terrible, y propio de una cabeza indómita contrariada en sus mejores planes; más ¡ay! todas las máquinas de batir se estrellaron inútilmente contra los robustos muros.

—Tuve que pronunciarme en retirada, aunque no sin haber experimentado pérdidas sensibles: el campo quedó cubierto de ilusiones marchitas.

—Desde entonces mi corazón no se comunica: le llamo, y se hace el sordo: le suplico, y no me contesta: le empujo, y no se mueve.

Mis lágrimas se estrellan en su exterior inflexible. Se ha emancipado de mi tutela, y, lo que es aún más doloroso, según mis últimas averiguaciones, creo que trata de *anexionarse* á una potencia vecina.

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ.

MARZO.

SONETO.

Muy bien venido al horizonte Ibero
Jóven galán de impetuoso brio,
Si en vez de escarchas y punzante frío
Nos das templado y fértil aguacero.

Dulce y benigno tu favor espero
Para ensalzar tu gloria el lábio mío,
Que aunque tengas un ceño tan sombrío
Con gratos himnos saludarte quiero.

Más ¡oh! que en vez de brisas lisonjeras,
Rugientes bendabales nos envías
Y nieves á los ríos y praderas.

Acorta, acorta, por piedad, tus días,
Huye, Marzo cruel, porque mi lira
Solo en las auras plácidas se inspira.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

FIESTA ARISTOCRÁTICA EN EL PALACIO DE MEDINACELI.

Allá por los buenos tiempos del Rey-poeta, cuando las musas castellanas, en todo el apogeo de su gloria, revolaban majestuosas desde el popular Corral de la Pacheca á las régias estancias del Buen Retiro, cuando el drama español, oriundo de la cabañerresca patria de Lope de Rueda se alzaba gigantesco sobre las alas de mil ingenios afortunados, llevando raudales de su mágica poesía á lejanos países,

cuando la creación dramática se cernía sobre la multitud entusiasmada, comun era entre los próceres y magnates dar entrada en sus palacios á las bulliciosas hijas de Apolo, y siguiendo las huellas del galante Felipe V convertirse en finos representantes, disputándose el honor de interpretar las nunca bastante aplaudidas concepciones de los Tirsos, Lopes y Moretos.

Hoy, que la comedia española, aparte de infinidad de nubes, tiene que hacer lado á su grotesca rival la zarzuela, á esa creación del mal gusto, que remedando la sublimidad de la poesía con parodias de la brillante armonía, viene á ser un arlequin insulso, con pretensiones ridículas, hoy, decimos, el arte dramático parece como desdeñoso por colocarse ante su inocente competidora.

Sin embargo, así como por densa que sea la nube de tempestad, tras ella viene el sol puro y brillante, igualmente el cariño á la verdadera belleza, el amor á nuestras gloriosas tradiciones literarias, vive y vivirá siempre entre los amantes del buen gusto, mientras nos quede un resto de nacionalidad, y, lo que es más, un átomo de razón.

En ese palacio ducal que, frente al Buen Retiro, y ostentando ufano los gloriosos timbres de los *La Cerdas*, *Lermas* y *Medinacelis*, quinta un tiempo donde al abrigo de un ilustre magnate soñaba el gran Quevedo; mansion siempre donde la nacionalidad ha vivido junto á las aristocráticas tradiciones de una familia noble, rama de Alfonso el Sábio; en ese alcázar de la nobleza española, urna de venerandos próceres, el arte dramático español ha encontrado hoy, como siempre, un santuario. Una hermosa hija del suelo andaluz, bella y deslumbrante como las flores que alfombran aquel paraíso meridional; una señora que ciñe en su frente la primorosa corona ducal, con un entusiasmo digno, con el mismo que atiende á enjugar lágrimas, se apresura á vivificar en sus salones el arte encantador de la Calderona y Rita Luna.

Esta belleza, esta entusiasta protectora del teatro, de los artistas, de los poetas, es la Excm. Sra. duquesa de Medinaceli.

La noche del domingo 26 era mágico, encantador, el aspecto que presentaban los salones del ducal palacio: pero donde la elegancia, el lujo más refinado rayaba en lo maravilloso, era en el lindísimo teatro construido en el centro de aquella galería de estancias régias. No se sabía qué admirar más en aquel antro del buen gusto; las innumerables macetas y

guirnaldas, trasformaban el local en jardín mágico; las luces y pedrería en un firmamento deslumbrador.

Recuérdese todo lo más escogido que guarda la corte, y con ello se tendrá una idea de la concurrencia que llenaba los salones.

La función dramática dispuesta, se componía de la preciosa comedia de Scribe *Perder y cobrar el cetro*, y la pieza *¡Pobres mujeres!*

En el desempeño, y en primer lugar, habían de competir la reina de la elegancia con el rey del arte, la ilustre duquesa con el eminente Julian Romea. Estos señores, acompañados de la Excm. Señora marquesa de Villaseca y la señorita de Paz y Membiela y con los Sres. Vega y Romea (hijo), nada dejaron que desear en la difícil interpretación de sus respectivos papeles.

En la comedia, vestía la señora duquesa, durante el primer acto, un primoroso traje á lo Luis XV, falda de seda á listas negras y blancas, cuerpo de escote, lila con ricas blondas y cintas del mismo color en el empolvado cabello. En el acto segundo, se hallaba deslumbrante con su traje de soberana: componíase de un vestido de seda blanca con flores *chínés* recogido con encajes, lazos y pedrería, descubriendo por delante una segunda falda de seda color caña con encajes y cintas del propio color y una guirnalda de flores; en su cabeza brillaba una régia corona de brillantes sobre un birrete de terciopelo carmesí, y en su turgente seno lucían dos hilos de magníficas perlas y un cintillo de brillantes y rubies. La marquesa de Villaseca, vistió en la comedia un lujoso traje azul y blanco, lleno de flores y deslumbrante pedrería.

Atronadores aplausos premiaron el inimitable desempeño de los aristocráticos artistas, y la función dejó recuerdo imperecedero en cuantos tuvieron la fortuna de presenciarla.

Nada faltó en aquella brillante fiesta, donde el Excmo. Sr. Duque de Medinaceli hizo los honores, con la finura y galantería proverbiales en S. E.

La función terminó á las cuatro de la mañana, con un elegante y espléndido *thé*.

JOAQUIN TOMEY Y BENEDICTO.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

El Carnaval.—De Versalles á Madrid, zarzuela en tres actos y en verso, arreglada del francés por los Sres. Serra y Pastorido.—La Paloma Azul, comedia de magia, original del Sr. Liern.

Pasó el Carnaval.

Ha trascurrido tan alegre y tan animado como de

costumbre, luciendo sus galas y sus locuras, sus extravagancias y sus deformidades, sus chistes y sus bufonadas, sus pompas y sus miserias.

Un cielo diáfano y puro, un sol centelleante, y una temperatura suave y templada, han sido patrimonio de aquellos tres días de vértigo y de delirio, en que todos los corazones aspiran á atolondrarse, los unos buscando un narcótico para los dolores, los otros buscando un estímulo para dar ensanche al círculo de los placeres.

El Prado y la Castellana se han visto favorecidos por una brillante concurrencia que acudía gozosa á contemplar las mascaradas: en las calles no han faltado las bulliciosas estudiantinas, que, como de costumbre, han lucido primorosos trajes y esquisito donaire en música y galanteos; los bailes han estado animadísimos, y el *Entierro de la sardina* no se ha suprimido tampoco, como complemento de fiesta. En resúmen: la coronada villa ha vestido de gala: sus habitantes han gozado, han bromeado, se han divertido. La damos mil plácemes. Al fin, siempre queda tiempo para llorar.

Los teatros han ofrecido algunas novedades, más considerables seguramente por la cantidad que por la calidad.

Sin embargo, no podemos menos de escluir de este anatema á una comedia en tres actos y en verso, original del modesto poeta Sr. Coupigny, y estrenada con merecido éxito en el coliseo del Príncipe.

Esta comedia se titula *Mañana*, y está calcada sobre ese defecto endémico en la naturaleza humana, que siempre se muestra á ejecutar en lo futuro lo que debía ejecutar en el presente.

Es una discreta y bien escrita comedia, que agrada y cautiva por su encantadora sencillez, por la verosimilitud de su argumento, y por las sales cómicas en que abunda.

Los tipos son finos y delicados, la versificación fácil y espontánea, la dicción pura y castiza. En algunos momentos palidece un tanto la obra, y se arastra con alguna languidez, lo cual, en nuestro humilde concepto, dimana en parte de la simplicidad del asunto, que no se ha prestado á grandes complicaciones. De todos modos, cualquier defecto que ontenga esta preciosa comedia queda destruido, fijándose en la propiedad con que están delineados los caracteres, en el desenvolvimiento natural de la fábula, y en los chistes bien sazonados que contiene,

los cuales no ofenden una sola vez á las leyes del decoro y la decencia.

Obras semejantes hacen por sí mismas el elogio de un autor, y más siendo tan modesto y tan aventajado como el Sr. Coupigny, á quien felicitamos sinceramente por los aplausos que ha recibido.

En *Jovellanos* nos han presentado una desabrida zarzuela en tres actos nominada *De Versailles á Madrid*, cuyos padres literarios son, á lo que es cuenta, los Sres. Serra y Pastorfido.

Este engendro ético y trasnochado es un arreglito del francés, cuyo asunto es idéntico al de la conocida comedia *Las colegialas de Saint-Cyr*.

Si los autores del libro se propusieron al escribirle abusar de la paciencia del público y hacerle dormir ó bostezar, lo consiguieron completamente, porque con dificultad se puede presentar obra más descabellada, más vulgar, más chocarrera y menos ingeniosa. El éxito fué desgraciadísimo.

Después de todo, lo sentimos por Serra.

Que Pastorfido arregle del francés sin descanso ni tregua, y que arregle mal, escesivamente mal, lo concebimos, porque no sabe hacer otra cosa; pero Serra, un autor mimado por el público, uno de los autores que saben hacer mejor la pintura de nuestras costumbres, uno de los autores que pueden escribir con más originalidad, ¡emplearse en cosas tan frívolas, en zureír y arreglar mamarrachos extranjeros tomando por socio á Pastorfido! Esto sí que es digno de lamentarse.

En el *Circo* se ha estrenado por fin la tan anunciada comedia de magia del Sr. Liern, titulada *La Paloma azul*.

Esta obra no ha correspondido seguramente á las esperanzas que teníamos derecho á cifrar en el autor, atendiendo á su primera producción en este género, nominada *La Almoneda del diablo*.

Como el interés de las obras de magia se sostiene á fuerza de ingenio, echamos de menos en *La Paloma azul* esta cualidad, que se revela en un grado de pobreza bastante considerable. En la parte de formas literarias ha salido mejor parada, y hay trozos en ella escritos con soltura y discernimiento.

La empresa ha presentado esta obra con notable propiedad, circunstancia digna de elogio. Los actores hicieron lo que pudieron por salvarla, demostrando sus buenos deseos.

En el teatro de Oriente continúa el *statu-quo*. Algo bueno se hace; pero nada nuevo. Veremos si ahora

que va á llegar la célebre Adelina Patti, se diversifican un tanto las partituras.

No hemos de cerrar esta revista sin dar cuenta á nuestros lectores de un gran triunfo alcanzado en Sevilla por el actor Delgado. Los periódicos de aquella capital le consagran entusiastas elogios con motivo de la ovacion que mereció en su beneficio, representando *La Oracion de la tarde* y *La Carcajada*, dos de las obras principales del repertorio de Romea y Valero. Parece ser que una y otra, aunque de tan opuestos géneros, fueron interpretadas por aquel actor con soberano acierto, en términos tales, que se elevó á una altura nada comun. Indudablemente, el Sr. Delgado es una de las primeras esperanzas del teatro español.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Vestido de tafetan con un volante picado en el bajo y en la cabeza. Segunda falda de tarlatana, guarnecida con dos pequeños encañonados que sube por las costuras, y recogida por los costados con una cinta doble cruzada. Cuerpo escotado, figurando verta con aldetá cuadrada. Peinado de bucles, adorno de cintas.

Segunda figura. Vestido de *poult de soie* rayado, color de rosa. El delantero se abre sobre un delantal de raso blanco, y bullones de tul atravesados por cintas dispuestas en cruces, cuyas estremidades van cogidas con ramitos de flores. Cuerpo escotado, abierto como la falda, mangas cortas bullonadas, flores de terciopelo en el cabello.

Tercera figura. Vestido de raso blanco cubierto por dos faldas de tul, que llevan al borde cada una cinco bullones sembrados de gruesos botones de perlas. Cuerpo escotado, drapeado con hebillas de perlas. Diadema de perlas en el cabello.

LEANDRO A. HERRERO.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redaccion, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1865.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Concepcion Geronima N.º 13, Prta. Derecha
Ayuntamiento de Madrid

